

Interiores (o algunas de las diversas maneras de mirar hacia afuera)



Afuera está el mundo espeso y pequeño y continuamente repetido. Allende la puerta están ellos, está el aquello, está el allá.

Adentro llega los residuos, los signos, fragmentos de las oraciones, conscientes e inconscientes a medias, al sepulturero desconocido (*Tómame un trago por mí*, suena en un rincón).

Un gorrión entra por el hueco del patio buscando algún resto de pan y deja un pedazo de luz de la tarde de afuera grande como una garza blanca, que se disuelve al instante. El adentro es sordo.

Cada catacumba tiene su ensordecedora reverberación de ecos que no consiguen escapar al aire libre; tiene rebordes grises sobrantes que no se

desprenden, que uno no puede sacudir ni siquiera con un grito íntimo.

Una misma catacumba puede ser otra cada día, por divertido amor de lo diverso, como si se vaciara a medianoche y ya al mediodía estuviera recién infiltrada de nuevos moradores.

Otras catacumbas son todo el tiempo la misma, pero sin dejar ni un solo segundo de incorporar señales del espacio exterior, como si respirara hacia un pulmón muy profundo, muy insaciable, que ahora mismo inhala la ráfaga de una guerra lejana, qué importa si perdida o ganada o interminable, y enseguida se traga una caravana de los recuerdos familiares de una familia desconocida.



Llaves —de armarios devorados por el insecto del tiempo, de baúles evaporados, de una alacena sobreviviente, de la maleta de un viaje a Lourdes en el año 42, de un librero de caoba legítima donde se guardaba una Biblia ilustrada por Doré, de quién sabe cuánta desconocida cerradura—, la efigie de un santo o de un comandante, la retorcida forma de un ser indescifrable, un plato ruso y un platillo de Sèvres, un verdoso tenedor de plata, un martillo de níquel, un sacacorchos cualquiera, un exvoto de plomo para Yemayá, diosa del mar azul, diosa del afuera total.

Desde otra catacumba alguien escribe toneladas de palabras hacia afuera, sobre afuera, de dientes para afuera, y por la radio entran otras tantas toneladas que parecen venir rodando desde unas catacumbas excavadas en lo más alto de la más sórdida montaña, versos interminables de un poeta asesino que sólo procura ahogar tu silencio, evitar que puedas pensar en tu propio dolor un solo instante: te grita que la poesía vencerá en las catacumbas: te grita que el Gran Hermano ya no grita y que ya puedes gritar tú porque el Gran Hermano ya no te escucha.

Las catacumbas forman un laberinto. A veces las ventanas dan a un muro del dédalo. A veces las ventanas son espejos y cuando te asomas a ellas te sumerges en un mundo invertido: no ves al que mira ni miras al que ve: te ciega el reflejo del reflejo del reflejo de afuera.

Cuántas capas faltan para terminar de pelar la cebolla de adentro, cuántas lágrimas con transparencia de cebolla, cuántas capas con densidad de ámbar: mira los antiguos habitantes de la catacumba, tan bien conservados: con los labios quietos pero intactas en el aire espeso todas las palabras de la última conversación.



Mira cómo pasa el hilo que indica la salida del laberinto, dice una voz. Mira al sepulturero, borracho de beber un trago por cada uno de nosotros, dice otra voz. Mira al forjador de llaves para las catacumbas, dice otra voz. Cállate, susurra alguien, oye lo que dice el Hermano del Gran Hermano. Una voz muy pequeña dice: Quiero ver el mar. O una foto del mar. O de un río que vaya hacia el mar.

Hay una catacumba repleta de sepultureros borrachos. Uno toca un *allegro* anónimo en un piano

imaginario sobre su propia rodilla. Otro dice que ha comenzado el juego decisivo de béisbol en esta temporada del infierno. Otro dice que abran la puerta para que entre el aire de afuera. Otro dice que cierran las ventanas para que no salga la música de adentro y no se molesten los vecinos. Otro dice que es un poeta velando el sueño de otro poeta cansado, cansado, muy cansado.

